

GRETCHEN McNEIL

DIEZ

Traducción:

DANIEL HERNÁNDEZ CHAMBERS

MAEVA  young

En memoria de mi querida Doris Godinez-Phillips

Y EL DÍA DE SU PERDICIÓN SE APROXIMA.

UNO

El rostro de Minnie estaba pálido como el de una muerta. Sus ojos permanecían clavados en el respaldo de tela cubierto de manchas de la butaca que tenía delante, y se mordía el labio inferior con tanta fuerza que Meg temía que acabara por hacerse una herida. Nunca había visto a Minnie tan mareada.

–Mins, ¿estás bien?

Su amiga hundió las uñas en la butaca.

–Sí.

–Te estás poniendo verde.

El *ferry* se inclinó hacia la izquierda al recibir por estribor el golpe de una ola especialmente grande, y Minnie se cubrió la boca con las dos manos. Por un instante, Meg creyó que su mejor amiga iba a vomitar allí mismo, en la cabina de pasajeros, pero Minnie se relajó a medida que el barco recuperaba lentamente la horizontalidad.

–Estoy bien –repitió, volviendo a bajar las manos.

–Sí, ya lo veo. –Meg rebuscó en su mochila y sacó una bolsa de plástico por si acaso Minnie la necesitaba. Su amiga la aceptó con gesto distraído–. ¿Crees que todavía

faltará mucho? –preguntó Minnie. Meg se echó hacia atrás y apoyó los pies en la fila de asientos que tenían delante.

–Creo que ya casi hemos llegado.

–¿Lo prometes?

–No puedo prometerte cuándo llegará el *ferry*, Mins –suspiró–. Pero según el horario, ya casi estamos, ¿de acuerdo?

–¡De acuerdo! –exclamó Minnie con brusquedad.

Meg reconoció aquel tono de voz de su amiga. Por norma general, indicaba un rápido cambio en su estado de ánimo, algo que sucedía con demasiada frecuencia en aquellos días, especialmente cuando dejaba de tomar sus antidepresivos.

Pero, en lugar de preguntarle por sus medicamentos, lo que daría lugar a una discusión, intentó que Minnie pensase en otra cosa.

–¿Te acuerdas cuando tus padres me invitaron a Friday Harbor? –Fue el verano antes de comenzar el instituto, la primera vez que la familia de Minnie la había invitado a pasar las vacaciones con ellos.

Un atisbo de sonrisa apareció en la comisura de los labios de Minnie.

–Te mareaste un montón.

–¿Verdad que sí?

–Lo echaste todo en el baño de aquel *ferry*.

–Pensé que tu madre iba a tirarme por la borda –se rio Meg.

–Yo también –dijo Minnie seguido de una risa tonta. Aquel no era uno de los mejores recuerdos de Meg,

pero pensó que quizá serviría para que Minnie se distrajera y dejara de pensar en su estómago revuelto.

–Y tú no estabas mareada en absoluto. Así que estoy segura de que podrás aguantar hasta que lleguemos a Henry Island.

Minnie negó con la cabeza.

–Pero entonces era verano. Cuando el mar está en calma –dijo, señalando con un gesto hacia los ventanales–. No como ahora.

Meg miró hacia el exterior.

–En eso tienes razón.

Meg miró por la ventana. La lluvia había amainado momentáneamente, ya no había surcos de agua zigzagueando por los cristales; el viento, sin embargo, había aumentado. Aullaba a través de la cabina, azotando el barco desde la proa y golpeando ambos lados con una fuerza casi sobrenatural.

Minnie apoyó la cabeza sobre el hombro de Meg.

–Quizá no deberíamos haber venido.

–Es un poco tarde para eso –repuso Meg, sin poder contener la risa.

–Lo sé, pero...

–Pero ¿qué? No has hablado de otra cosa que de esta fiesta desde el martes, cuando recibimos las invitaciones. No te había visto tan excitada desde que tu padre te regaló una tarjeta de crédito por tu cumpleaños.

Minnie se irguió en su asiento.

–Jessica Lawrence nos ha invitado a su fiesta. No se puede rechazar una invitación como esa, pero...

–soltó un profundo suspiro–. No sé. No es que seamos amigas.

–Tú lo fuiste –dijo Meg, sin pararse a pensar.

–Ya, pero eso era antes... –Minnie dejó la frase inacabada, pero Meg sabía lo que había estado a punto de decir: «antes de que aparecieras tú»–. Ha pasado mucho tiempo –concluyó Minnie.

Las palabras que no había llegado a pronunciar se quedaron flotando en el aire como el humo de olor rancio de un cigarrillo. Meg había sido la causa por la que Minnie había caído en desgracia en el mayor instituto de Seattle. Ambas lo sabían, pero era un tema delicado y muy pocas veces hablaban de ello. Minnie giró la cabeza hacia el ventanal y fijó la mirada en la oscuridad que las rodeaba, y Meg lamentó haber mencionado su antigua amistad con Jessica.

Para distraerse, sacó de su mochila una copia de la invitación que había recibido por Facebook y la releyó por enésima vez:

¡Shhh! ¡No se lo digas a nadie!

QUÉ: Una fiesta que hará historia.

CUÁNDO: Durante el puente del *President's Day*.

DÓNDE: White Rock House, en Henry Island.

POR QUÉ: Porque si te pierdes esta fiesta, te arrepentirás el resto de tu vida.

Una casa con todo lo que necesitamos para pasar tres días enteros. ¡Como si fueran las vacaciones de primavera, pero en febrero! ¡Tenemos *ferrys* especiales y todo!

Pero mantenlo en secreto. No queremos que se presente cualquiera. ¡Estoy deseando verte allí!

Jess

Meg nunca se sentía a gusto en aquella clase de fiestas; la mayor parte del tiempo se la pasaba deseando mimetizarse con el papel de las paredes y rezando por que nadie se fijara en ella. Pero Minnie estaba entusiasmada. Había llegado la gran ocasión para unirse al grupo más popular del instituto, y había sido incapaz de negarse.

Con algo de suerte, podría encontrar algún momento para estar sola durante el fin de semana, y quizá darse un paseo por las playas de la isla o descubrir un lugar aislado en el que poder escribir en su diario o en el portátil.

Una ráfaga de viento golpeó el *ferry*, haciendo vibrar los ventanales. Meg dejó escapar un suspiro. ¿Quizá podría escribir en un lugar aislado dentro de la casa? ¿Un cuarto de limpieza o algo así? Maldita tormenta.

–Eh, no quiero que te pases todo el fin de semana delante de tu portátil –le soltó Minnie.

Meg se sobresaltó. ¿Realmente era tan predecible? Vaya.

–Vale, vale.

Minnie apretó la bolsa de plástico entre sus manos y esta produjo una especie de crujido.

–Este fin de semana te vas a divertir, por mucho que me cueste.

–Siempre me divierto –repuso Meg, mordiéndose el labio.

–Estás de broma, ¿no?

Ahora era el turno de Meg de mostrarse enfadada:

–Mins, ¿de qué narices estás hablando?

–Eras divertida –respondió Minnie, con un suspiro dramático–. ¿Te acuerdas? Hacíamos locuras. Ahora eres...

–¿Qué soy? –preguntó Meg, y cambió de posición.

–Aburrida.

–No soy aburrida.

Minnie resopló.

–Además, podríamos habernos divertido en casa. Y no haber mentido a nuestros padres para irnos a una fiesta en una isla en medio de ninguna parte.

Minnie levantó sus manos en el aire.

–No está en medio de ninguna parte. La mitad de la población de Seattle tiene una casa de veraneo en las islas de San Juan. Y no podíamos decírselo a nuestros padres –dijo, enfatizando sus palabras con un gesto de la cabeza–. Sobre todo después de que esta mañana encontrasen ese cuerpo en Everett. Mi padre jamás me habría dejado ir.

Meg se estremeció. Lo había visto en las noticias, se habían encontrado los restos calcinados del cuerpo de un hombre en los vestuarios de chicos de su instituto rival, el Mariner. Era un crimen atroz y, hasta el momento, el cuerpo no había podido ser identificado.

–Lo último que necesito este fin de semana –prosiguió Minnie– es que mi padre aparezca por ahí para vigilar-me. Lo echaría todo a perder.

–Sí, supongo que tienes razón. –A pesar de lo lejos que estaba la isla, Meg no podía evitar estar de acuerdo con Minnie en que el hecho de que su padre se presentase en la fiesta no era una opción. Minnie puso su mano sobre la de Meg y se la apretó.

–Escucha, nos lo vamos a pasar bien. Lo necesitamos. ¿De acuerdo?

Meg se esforzó por sonreír. Su amiga tenía razón, no podía negarlo. Durante los últimos meses había existido una cierta tirantez entre ellas. Primero, a Meg la habían aceptado en la Universidad de California, cosa que Minnie interpretó como que Meg la estaba abandonando; luego Minnie había tenido sus más y sus menos con la nueva medicación. Y, por supuesto, estaba también la catástrofe de la fiesta de bienvenida...

Para, se dijo Meg a sí misma. Tenía que quitarse aquella noche de la cabeza. Ya formaba parte del pasado. Y, de todos modos, en cuestión de pocos meses nunca volvería a verlo.

Sin previo aviso, el rugido sordo de los motores bajó de intensidad y Meg notó que el *ferry* aminoraba la marcha. Un segundo más tarde, un mozo de cubierta con pinta de sucio y envuelto en un chubasquero naranja se asomó a la cabina:

–Henry Island. Atracaremos enseguida.

–¡Por fin! –exclamó Minnie, poniéndose en pie de un salto. Sacó su maleta con ruedas y dos pequeñas bolsas del portaequipajes, luego se puso su abrigo y miró hacia atrás por encima de su hombro mientras salía a cubierta:

–Intenta recordar que esto es una fiesta. «Fiesta» es sinónimo de «diversión».

Meg soltó un suspiro. «Fiesta» es sinónimo de «diversión». Genial. Sí. Fiesta.

Respiró hondo, se puso la mochila en los hombros y siguió a Minnie a cubierto.

DOS

El aire era húmedo y estaba impregnado de ese sabor frío que anunciaba la proximidad de otra tormenta. El viento azotaba el cabello de Meg y le soltó varios mechones de la coleta. Se lo recogió como pudo detrás de las orejas, mientras sus ojos se acostumbraban a la penumbra.

A lo lejos, al otro lado de la bahía, se percibía un resplandor opaco. Roche Harbor, en el extremo de San Juan Island. Parecía más cerca de lo que Meg se había imaginado, y resultaba reconfortante saber que cruzando la bahía había una ciudad con un número de habitantes aceptable.

Meg sacudió la cabeza. ¿Por qué era tan asustadiza? Necesitaba relajarse. ¿Una fiesta secreta organizada por la chica más popular del instituto? Había quien mataría por una invitación. Así que, ¿qué importaba si sus padres no sabían dónde estaba? Eso era lo divertido, ¿no?

Minnie se puso junto al mozo de cubierta desaliñado, y contempló el lateral del *ferry* mientras la embarcación se balanceaba arriba y abajo en el agua.

–¿Tenemos que saltar? –preguntó.

–Lo siento, señorita. La mar está demasiado brava –dijo el hombre–. Tendremos que utilizar la escalera.

Minnie bajó la mirada hacia sus zapatos de medio tacón, que resultaban totalmente inapropiados.

–Pero...

–Quítate los –le dijo Meg, intentando que en su voz no se trasluciese el tono de «ya te lo dije».

–No se preocupe, señorita –le tranquilizó el mozo. Señaló con un movimiento de la cabeza a su colega en el muelle–. Branson la agarrará si se cae.

Minnie se inclinó sobre la borda y echó un vistazo a Branson, un tipo corpulento y de mediana edad. Sus ojos se abrieron como platos y se giró hacia Meg.

–¿Cómo...?

–Todo irá bien –dijo Meg–. Te lo prometo. –Aquello era lo que Minnie necesitaba oír, aunque no fuera cierto.

Minnie dejó escapar un suspiro, se descalzó y dejó sus zapatos en la cubierta, luego pasó por encima de la borda con gesto resuelto.

–De acuerdo. Si me lo prometes.

Meg meneó la cabeza mientras Minnie desaparecía, después recogió los zapatos de tacón y los metió en su mochila. Aquella era la razón por la que se marchaba a la universidad. Necesitaba, por una vez en su vida, pensar en sí misma antes que en nadie más.

Observó cómo el mozo tiraba su equipaje por la borda con desidia, con un movimiento a la vez despreocupado y experto que mostraba claramente una rutina bien

aprendida. Branson agarró las bolsas con la misma facilidad, las dejó en el suelo y se giró justo a tiempo para recoger la siguiente. Había algo fantástico y a la vez espeluznante en aquella especie de baile mudo, fascinante en su coreografía y, sin embargo, ligeramente perturbador en la forma automática y tediosa con la que era ejecutado.

–Su turno, señorita –dijo el mozo, sacando a Meg de su ensimismamiento.

–Oh, de acuerdo. –Pasó a la escalera, y cuando comenzaba a descender por ella, el *ferry* se levantó por el empuje de las olas y el mozo tuvo que sujetarla por el brazo–. Gracias –le dijo Meg, aferrándose al peldaño superior de la escalera con las dos manos.

–¿Seguro que estarán bien? –le preguntó el chico, sin soltar aún su brazo.

–Sí, la escalera es corta. Puedo hacerlo.

Él ladeó la cabeza.

–No, me refiero a su estancia en la isla.

Meg miró con los ojos entrecerrados el rostro ajado y arrugado del mozo.

–Sí, ¿por qué no iba a estarlo?

El tipo tardó en responder. Giró el cuello para mirar hacia la parte septentrional de la isla.

–Por nada –dijo al fin.

Los motores del *ferry* volvieron a ponerse en marcha, mientras Meg descendía por la escalera.

–¡Regresaremos el lunes por la mañana para recogerlas! –gritó el chico en el momento en el que los pies de Meg alcanzaban el muelle–. Tengan cuidado.

¿Tengan cuidado? Se trataba de un fin de semana con mucha cerveza y fiesta desenfadada. Aparte de por la resaca, ¿por qué tendrían que tener cuidado?

Aquello era cada vez más extraño.

En cuanto Meg se apartó de la escalera, Branson soltó la amarra y, sin pronunciar una sola palabra, trepó por el lateral del barco. Meg observó con cierta tristeza cómo saltaba a la cubierta y desaparecía detrás del parapeto a medida que el *ferry* se alejaba del muelle. Casi deseó poder unirse a ellos.

—¿Ahora qué? —dijo Minnie. Estaba descalza y enroscaba entre sus dedos un mechón de pelo rubio platino.

Buena pregunta. Con desgana, Meg apartó su atención del barco, que se marchaba, y escrutó el muelle.

Era una construcción basta y azotada por el mal tiempo, que sobresalía unos cincuenta metros de la playa. Planchas rotas de madera en descomposición salpicaban el sendero como pequeñas minas antipersonas; y las olas, incluso en la bahía resguardada, parecían capaces de anegar el decrepito embarcadero.

En la costa, un bosque de pinos se alzaba por encima de la playa; sus siluetas se recortaban contra los nubarrones grises que se agolpaban en el cielo nocturno. Meg creyó distinguir un destello de luces más allá del umbral de árboles, pero no estaba del todo segura. En el crepúsculo no podía verse bien, y como las nubes de tormenta ocultaban la luna y las estrellas,

la noche iba a ser extremadamente oscura en Henry Island.

A medida que el sonido de los motores del *ferry* se desvanecía a lo lejos, Meg se sintió aislada. Aparte del rumor sordo del mar y del viento, no oía nada, y en la playa no se veían señales de vida. Se estremeció. Estaban solas en medio de ninguna parte, y su único contacto con el mundo exterior se estaba adentrando en la noche.

Con un gesto brusco, Meg sacó su teléfono móvil del bolsillo de sus pantalones. Sentía el impulso desesperado de llamar a alguien, a quien fuera, y decirle dónde se encontraban.

–¿Qué haces? –le preguntó Minnie.

Meg cubrió la pantalla del teléfono para que no lo salpicara el agua.

–Nada. Solo quería comprobar si teníamos cobertura.

–No llames a tus padres.

–¡No voy a hacerlo! –mintió. Pero no importaba. Se giró sobre sus talones, moviendo el aparato lentamente hacia delante y hacia atrás. El resultado fue el mismo—. De todas maneras, no hay cobertura.

–¡Bien! –Minnie le arrancó el móvil de la mano y lo metió en su mochila. Esbozó una amplia sonrisa y enlazó su brazo con el de Meg—. Es más divertido así. Vamos a estar desconectadas durante tres días gloriosos.

«Gloriosos » no era el adjetivo que surgió inmediatamente en la mente de Meg.

–Claro que sí, Mins. Lo que tú...

—¡Hola!

Las dos se volvieron bruscamente. En el otro extremo del muelle aparecieron dos figuras que avanzaban con rapidez hacia ellas. Eran dos personas altas e iban envueltas en gruesos abrigos. Había una luz débil y Meg no podía verles la cara, pero una de ellas se le antojaba extrañamente familiar.

—¡Meg!

Su estómago dio un vuelco. Conocía aquella voz.

Minnie también la reconoció. Dio una palmada y soltó un grito:

—¡Oh, Dios mío!

Meg sintió que el calor abandonaba su cuerpo.

Era T.J. Fletcher.

TRES

Habían pasado varios meses desde que Meg y T.J. hablaron por última vez. Desde el día de la fiesta de bienvenida. Durante aquel semestre no fueron a ninguna clase juntos, y desde que Minnie rompió con el mejor amigo de T.J., no habían vuelto a verse. Su amistad había terminado.

No obstante, los detalles relativos a la vida de T.J. eran de sobra conocidos por todo el mundo. Meg había oído los rumores: la beca de fútbol para estudiar en la Universidad de Washington, el montón de ligues, las fiestas salvajes. Minnie hablaba de él sin cesar, obsesivamente. Aunque eso era algo normal. Había estado enamorada de T.J. desde primero, hasta el punto que acabó saliendo con su mejor amigo, Gunner, después de que T.J. la rechazara. Durante las semanas siguientes a la fiesta de bienvenida, cuando el simple hecho de oír su nombre hacía que Meg se sobresaltase, había tenido que escuchar a Minnie parlotando sin parar sobre lo alucinante que era T.J.

Minnie no tenía ni idea de que Meg también estaba enamorada de él.

Y esa era la razón por la que Meg necesitaba controlarse y dominar sus emociones. Una mirada al rostro sonriente de T.J., a su maravillosa piel morena y sus hoyuelos marcados, y sería como en una de esas escenas de dibujos animados en la que a uno de los personajes le late el corazón con tanta fuerza que le sale disparado ante los ojos de todo el mundo. No podía permitir que eso ocurriera. Nadie podía saber qué sentía realmente. Tampoco Minnie. Y mucho menos T.J.

–Me alegro mucho de que hayáis podido venir–gritó T.J. mientras avanzaba a grandes zancadas por el embarcadero.

Meg intentó, sin conseguirlo, no ponerse roja. Rezó para que Minnie no se diera cuenta. A él no le gustas, se dijo. Todavía está enfadado contigo.

Afortunadamente, Minnie solo tenía ojos para T.J.

–¡T.J.! –chilló. Fue hacia él, con un zapato colgando de cada mano–. No sabíamos que estarías aquí.

No, no lo sabían. Porque por nada del mundo Meg habría ido si hubiera sabido que T.J. estaba en la lista de invitados.

La segunda figura seguía a T.J. por el muelle. En un primer momento, Meg pensó que era Gunner, pero era demasiado alto, demasiado larguirucho. Alguien nuevo.

–Temía que hubierais perdido el *ferry* –dijo T.J., casi sin aliento. Llevaba un gorro de lana que le cubría la cabeza rapada y un chaquetón de marinero abrochado hasta la barbilla.

–¿Sabías que íbamos a venir? –Minnie le rodeó el cuello con los brazos, sin soltar los zapatos, y poco le faltó para saltar a sus brazos.

T.J. la saludó chocando su pecho contra el de ella en un gesto algo masculino y dándole unas palmadas en la espalda, y a continuación la esquivó y se apresuró para acercarse a Meg.

–Claro que sabía que veníais.

A Meg el corazón le latió con tanta fuerza que estaba convencida de que todo el mundo en al menos tres kilómetros a la redonda podía oírlo. Bajó los ojos para disimular su conmoción.

–Sí –dijo–. Ehh... nosotras también sabíamos que tú venías.

–Hola –saludó el otro chico–. Tú debes ser Minnie.

Era tan alto como T.J., pero delgado y espigado en lugar de musculoso y atlético. Sus vívidos ojos azules destellaron cuando sonrió a Minnie, y formaron pequeñas arrugas en sus sienes, lo que le dio a su rostro una expresión perruna. Y lo que era aún más impactante, tenía una mata de pelo casi tan rubio platino como el de Minnie. Un rubio para una rubia.

Minnie ladeó la cabeza.

–¿Cómo sabes quién soy?

–Oí decir que eras la rubia guapa. –El rubio parpadeó.

Meg hizo lo posible por controlar el impulso de poner los ojos en blanco ante la exagerada cursilería de aquella frase, pero a Minnie le sentó de maravilla.

–¡Oh! –murmuró con admiración, y luego miró a T.J.–. ¿Eso se lo dijiste tú?

–Ehh... –T.J. desvió la mirada hacia el *ferry*–. ¿Solo estáis vosotras dos? –preguntó, cambiando de tema.

–Sí –contestó Meg–. ¿Esperabas a alguien más?

T.J. sacudió la cabeza.

–Recibimos antes una llamada del señor Lawrence diciendo que Jessica iba a intentar llegar en el último *ferry*. Parece que ella y un grupo de amigas se han retrasado por no sé qué del instituto, así que se reunirán con nosotros mañana.

–Animadoras –añadió el rubio–. Entrenamiento de última hora.

Ahora había obtenido toda la atención de Minnie.

–¿Eres amigo de Jessica?

–Ehh... –dijo, mostrando una sonrisa aniñada–. Algo así.

¿Así que el rubio era el nuevo ligue de Jessica? Interesante.

–Lo siento –dijo T.J., dándole una palmada a su amigo en la espalda–. Debería haber hecho las presentaciones. Este es Ben.

–No te preocupes, colega. –Los ojos azules de Ben se posaron en Meg. Había algo agradable en él que a ella le gustó inmediatamente–. Tú debes de ser Meg

–Sí –contestó. Cambió el peso de su cuerpo de un pie a otro, consciente de que un montón de desconocidos habían estado hablando de ella hacía poco si Ben sabía quiénes eran Minnie y ella.

–¿M&M? –Ben se rio –. Qué gracioso.

Minnie le dio la mano a Meg, manteniendo los ojos fijos en Ben.

–Nos conocimos en séptimo y desde entonces somos íntimas.

Ben continuó sonriendo a Minnie.

–¿Puedo llevarte el equipaje? –le preguntó.

–Vaya –respondió Minnie, dirigiéndole una mirada a T.J.–. Un caballero.

T.J. la ignoró, y mientras Ben se ponía al hombro las bolsas de Minnie, él tiró suavemente de la manga del abrigo de Meg.

–Por aquí.

T.J. se apresuró por el embarcadero, y sus largas zancadas enseguida dejaron atrás a Minnie y a Ben. Meg tuvo que esforzarse para mantener el ritmo. Una parte de ella quería quedarse atrás con Minnie para evitar por todos los medios estar a solas con T.J., pero había algo que la empujaba a seguirlo. Al ver que T.J. le sonreía, se dio cuenta de lo mucho que lo echaba de menos.

Caminaron en silencio, pese a que la mente de Meg funcionaba a toda velocidad. ¿Debería decir algo? ¿Sacar el tema de lo que había ocurrido en la fiesta de bienvenida? ¿Intentar explicarle por qué lo había dejado plantado y suplicarle que la perdonase? Quería hacerlo, estaba desesperada por hacerlo. Pero, sin embargo, no dijo ni una palabra. Como siempre.

Deseó que fuera ya septiembre y estuviera en la universidad, en Los Ángeles, lejos de todo aquello y de todos

los que la conocían. En algún lugar en el que pudiera comenzar de cero y no sentirse todo el tiempo torpe y tímida.

T.J. siguió avanzando con paso firme delante de ella. Al aproximarse a la línea de los árboles, Meg percibió el familiar aroma navideño a pino por encima del aire salado del mar y el tufo mohoso a algas podridas que llegaba de la playa. Tomó aire. Así era como olía su casa, a Navidad y a agua salada.

El muelle se extendía tierra adentro y desaparecía entre los árboles, pero en lugar de seguirlo, T.J. saltó con destreza a la arena de la playa. Se giró para ayudarle justo en el momento en que Meg lo imitaba. Su impulso le hizo irse contra él, y T.J. le puso las manos en la cintura para sostenerla. Permanecieron así, sobre la arena mojada, durante un momento, sin que T.J. apartase las manos de su cintura. Era muy agradable volver a estar tan cerca de él, como si nunca hubieran tenido una discusión horrible. Lo echaba tanto de menos...

La aguda risita de Minnie llegó hasta ellos cuando Ben y ella alcanzaron el final del muelle. Meg salió de su ensimismamiento, se apartó de T.J. y echó a andar por la arena. Tienes que olvidarte de él.

Se detuvo al llegar más o menos al centro de la playa. A través de los árboles se distinguía una casa. Daba la impresión de que todas las luces del edificio de dos plantas estaban encendidas, y el viento traía hasta ella música y risas.

–La fiesta ha empezado en cuanto se ha ido el sol
–dijo T.J. a sus espaldas.

–¿Esa no es White Rock House? –le preguntó Meg.
T.J. sacudió la cabeza.

–Ahí viven los Taylor. Lawrence Point, la casa de los Lawrence, está en el extremo de la isla.

–¿Cómo lo sabes?

–He estado aquí unas cuantas veces –respondió, encogiéndose de hombros.

Oh. Claro que sí, Meg. Cuando salía con la mejor amiga de Jessica.

–Está bien –continuó T.J.–. Me refiero a saber que hay otra fiesta cerca. ¿No te parece?

–Supongo que sí. –En realidad, sí estaba bien. En cierto modo, saber que había una casa llena de gente en las proximidades calmó algo su nerviosismo.

–Vamos. –T.J. le hizo un gesto y Meg lo siguió, rodeando la casa. Más allá el bosque terminaba, y al otro lado se abría una estrecha extensión de tierra iluminada por el suave resplandor anaranjado que proyectaban las luces de la casa de los Taylor. El istmo surgía de la propia isla, tenía unos siete metros de ancho y se alzaba poco más de un metro sobre el nivel del mar; a lo lejos se veía Lawrence Point. Los troncos pálidos y podridos de varias docenas de árboles cubrían el istmo como en un juego gigantesco de palillos.

Un pedazo de tierra aislado y sitiado por todos lados por un mar hostil. Meg sintió que había llegado al fin del mundo.

Una ola enorme chocó contra la orilla oriental y cubrió por completo el istmo.

–¿Tenemos que cruzar por ahí? –preguntó Meg, abriendo los ojos como platos al ver el efecto de la ola.

–Sí, hay un sendero por el centro –contestó T.J., y señaló hacia la oscuridad.

En un primer momento, Meg no vio nada, pero luego, al retirarse la ola, quedó a la vista lo que parecía ser una barandilla desvencijada.

–¿Eso es un puente?

–Algo así –respondió T.J.–. Más bien una plataforma elevada, para pasar por encima del agua.

Una nueva ola, más fuerte que la anterior, inundó el istmo y Meg y T.J. tuvieron que retroceder varios pasos para no mojarse. La plataforma quedó totalmente sumergida, solo un pequeño pedazo de la barandilla sobresalió por encima de la espuma de la ola. Luego el agua se retiró hacia ambos lados del istmo con un borboteo que casi parecía burlarse de ellos, retarlos a que se aventurasen a cruzar.

–¿No hay otra manera de llegar a la casa?

–No –dijo T.J.–. Pero no está tan mal. Tenemos que pasar entre las olas.

–Eso es fácil, si puedes verlas.

T.J. dejó caer las bolsas de Minnie en la arena y se metió las manos en los bolsillos de su abrigo. Su semblante era ahora serio, la sonrisa y los hoyuelos habían desaparecido.

–¿Eres tan borde a propósito?

–Yo... –titubeó Meg–. No me había dado cuenta...

–Sí, sí que te habías dado cuenta. Te conozco, Meg Pritchard. No dices nada a no ser que quieras decirlo.

Meg hizo una mueca. Aquello era cierto, aunque también lo era el hecho de que no decía la mitad de las cosas que quería decir.

–Mira –continuó T.J. al ver que ella guardaba silencio–. No quiero que este fin de semana nos sintamos incómodos ninguno de los dos. Éramos amigos, ¿te acuerdas? Nos divertíamos.

Ahí estaba otra vez esa palabra. Diversión. ¿De verdad había perdido su lado divertido? No, estaba segura de poder volver a ser aquella chica, la que se reía y gastaba bromas con el único chico del planeta con el que se sentía tan a gusto como para ser tal y como ella era en realidad.

–Somos amigos –dijo–. Y nos lo pasaremos genial este fin de semana. Lo prometo. –Incluso si muero en el intento, pensó.

T.J. arqueó las cejas.

–¿Seguro?

Meg dirigió la mirada hacia la plataforma. En la penumbra se distinguía la espuma blanca de una ola en retirada. Era el momento justo.

Una sonrisa le cruzó la cara.

–Seguro. Desde ahora mismo. –Tomó impulso con los talones y echó a correr por el istmo.